

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Sodoma y Gomorra

A la busca del tiempo perdido, IV

el paseo | central, 34

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

MARCEL PROUST

Sodoma y Gomorra

A la busca del tiempo perdido, IV

Edición anotada y puesta al día
de Mauro Armiño

el paseo, 2023

Título original: *À la recherche du temps perdu*
Sodome et Gomorrhe

© de la traducción, prólogo y notas: Mauro Armiño, 2023

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2023

www.elpaseoeditorial.com

1.ª edición: octubre de 2023

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés

Corrección: César de Bordons Ortiz

Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. (OBRA COMPLETA) 978-84-19188-07-6

I.S.B.N. (VOLUMEN) 978-84-19188-11-3

DEPÓSITO LEGAL: SE-1761-2023

CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España

Contenido

Sodoma y Gomorra (A la busca del tiempo perdido, IV)

PRIMERA PARTE	11
<i>Primera aparición de los hombres-mujeres, descendientes de aquellos habitantes de Sodoma que se salvaron del fuego del cielo</i>	13
SEGUNDA PARTE	53
CAPÍTULO PRIMERO	55
<i>El señor de Charlus en sociedad • Un médico • Aspecto característico de Mme. de Vaugoubert • Madame d'Arpajon, el surtidor de Hubert Robert y la jovialidad del gran duque Vladimiro • Madame d'Amoncourt, Mme. de Citri, Mme. de Saint-Euverte, etc. • Curiosa conversación entre Swann y el príncipe de Guermantes • Albertine al teléfono • Visitas en espera de mi segunda y última estancia en Balbec • Celos por Albertine • Llegada a Balbec • Las intermitencias del corazón</i>	
LAS INTERMITENCIAS DEL CORAZÓN	197
CAPÍTULO SEGUNDO	235
<i>Los misterios de Albertine • Las muchachas que ve en el espejo • La dama desconocida • El liftier • Madame</i>	

*de Cambremer • Los placeres de M. Nissim Bernard •
Primer esbozo del carácter extraño de Morel • Monsieur de
Charlus cena en casa de los Verdurin*

CAPÍTULO TERCERO

463

*Tristezas de M. de Charlus • Su duelo ficticio • Las
estaciones del «Transatlantique» • Cansado de Albertine,
quiero romper con ella*

CAPÍTULO CUARTO

617

*Brusco viraje hacia Albertine • Desolación al despuntar el sol
• Parto inmediatamente con Albertine para París*

RESUMEN

637

EL PASEO EDITORIAL
MATERIA PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Sodoma y Gomorra

A la busca del tiempo perdido, IV

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

PRIMERA PARTE

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

*Primera aparición de los hombres-mujeres,
descendientes de aquellos habitantes de Sodoma
que se salvaron del fuego del cielo.¹*

*La femme aura Gomorrhe
et l'homme aura Sodome*

ALFRED DE VIGNY²

Ya sabemos que mucho antes de ir aquel día (el día en que tenía lugar la velada de la princesa de Guermantes) a hacer al duque y a la duquesa la visita que acabo de contar, yo había espiado su regreso y llevado a cabo, durante mi acecho, un descubrimiento que concernía en particular a M. de Charlus, pero tan importan-

¹ El Génesis (13, 16; 19, 29) narra la destrucción por orden de Dios de todos los habitantes de Sodoma y Gomorra, salvo del único justo, Lot, a quien dos ángeles salvan junto con su mujer y dos hijas de la lluvia de azufre y fuego que arrasa esas dos ciudades y toda la cuenca del Jordán; el pecado de estos habitantes era, según el texto bíblico, la depravación en que los arrojaba la homosexualidad.

² «Bientôt, se retirant dans un hideux royaume, / La Femme aura Gomorrhe et l'Homme aura Sodome, / Et, se jetant de loin, un regard irrité, / Les deux sexes mourront chacun de son côté» («Pronto, retirándose a un horrible reino, / la Mujer tendrá Gomorra y el Hombre tendrá Sodoma, / y lanzándose de lejos una mirada irritada, / los dos sexos morirán cada uno por su lado», Alfred de Vigny, *Destinées*, «La Colère de Samson», poema escrito tras romper con su amante, Marie Dorval, por la amistad de esta con la escritora George Sand. Vigny es el primero en emparejar Sodoma, no con la Lesbos griega, sino con la Gomorra bíblica, que utiliza para designar la homosexualidad femenina. Proust citará el mismo verso en una carta-artículo a Jacques Rivière sobre Baudelaire publicada en junio de 1921 en la *NRF*; ahí explica su escritura por los celos que causaba a Vigny «la amistad de Mme. Dorval por ciertas mujeres». (Cf. *Escribir. Escritos sobre arte y literatura*, ed. M. Armiño, pág. 140, Páginas de Espuma, 2022).

te en sí mismo que hasta aquí, hasta el momento de poder darle el lugar y la extensión deseados, he aplazado su relato³. Había abandonado, como he dicho, el observatorio maravilloso, tan cómodamente dispuesto en lo alto de la casa, desde donde se abarcan las accidentadas cuevas por las que se sube hasta el palacete de Bréquigny, y que están alegremente decoradas a la italiana por el campanil rosa de la cochera perteneciente al marqués de Frécourt. Me había parecido más práctico, cuando pensé que el duque y la duquesa estaban a punto de volver, apostarme en la escalera. Echaba un poco de menos mi retiro de altura. Pero a aquella hora, que era la que seguía al almuerzo, no lo echaba tanto de menos porque no habría visto como por la mañana a los minúsculos personajes de cuadros en que se convertían a distancia los lacayos del palacete de Bréquigny y de Tresmes emprender la lenta ascensión de la abrupta cuesta, plumero en mano, entre las anchas hojas de mica transparentes que de forma tan agradable destacaban sobre los contrafuertes rojos. A falta de la contemplación del geólogo, tenía al menos la del botánico y miraba por los postigos de la escalera el pequeño arbusto de la duquesa y la preciosa planta,⁴ expuestos en el patio con esa insistencia que se pone en presentar en sociedad a las jóvenes casaderas, y me preguntaba si, por un azar providencial, el improbable insecto iría a visitar el pistilo ofrecido y abandonado.⁵ Como la curiosidad me iba enardecendo poco a poco, bajé hasta la ventana de la planta baja, también abierta y cuyos postigos estaban cerrados solo a

³ Véase vol. III, *La parte de Guermantes*, pág. 689 y ss., donde el Narrador se dirige a visitar a los duques de Guermantes para que le confirmen la veracidad de la invitación que ha recibido para asistir a una velada de los príncipes de Guermantes. Cuando está acechando el regreso de sus vecinos «descubre» lo que va a relatar *Sodoma y Gomorra*.

⁴ Véase vol. III, *La parte de Guermantes*, págs. 613-614.

⁵ Para estos pasajes sobre la fecundación en el reino vegetal, Proust aprovecha, a veces con transcripción exacta de alguna frase, libros ya citados como *L'Intelligence des fleurs* (1907), de Maeterlinck, y diversos trabajos de Darwin: *De los efectos de la fecundación cruzada y de la fecundación directa en el reino vegetal* (trad. francesa de 1877); *De la fecundación de las orquídeas por los insectos*, y *de los buenos resultados del cruce* (trad. francesa, 1870); *De las diferentes formas de flores en las plantas de la misma especie* (trad. francesa, 1878, con un prólogo del profesor Amédée Coutance, de donde Proust extrae toda la información).

medias. Oía con toda claridad, disponiéndose a salir, a Jupien, que no podía descubrirme detrás de mi cortinilla donde permanecí inmóvil hasta el momento en que me hice bruscamente a un lado por temor a ser visto por M. de Charlus, que, barrigudo, avejentado por la plena luz del día, canoso, cruzaba lentamente el patio para dirigirse a casa de Mme. de Villeparisis. Había sido precisa una indisposición de Mme. de Villeparisis (consecuencia de la enfermedad del marqués de Fierbois, con quien el barón estaba personalmente peleado a muerte) para que, acaso por primera vez en su existencia, M. de Charlus hiciera una visita a esa hora. Porque, con esa singularidad de los Guermantes, que, en lugar de amoldarse a la vida mundana, la modificaban con arreglo a sus costumbres personales (no mundanas, como creían, y dignas por consiguiente de que se humillara ante ellas esa cosa sin valor, la mundanidad – por eso Mme. de Marsantes no tenía día de visita, pero todas las mañanas recibía a sus amigas de diez a doce), el barón, que reservaba ese tiempo para la lectura, la búsqueda de antiguallas, etc., nunca hacía una visita sino entre las cuatro y las seis de la tarde. A las seis iba al Jockey o a pasear por el Bois. Al cabo de un instante hice un nuevo movimiento de retroceso para no ser visto por Jupien; pronto sería su hora de salir para la oficina, de donde no volvía sino a la hora de la cena, y eso no siempre desde que hacía una semana su sobrina se había marchado con sus aprendizas al campo, a casa de una cliente, para terminar un vestido. Luego, dándome cuenta de que nadie podía verme, decidí no moverme más por miedo a perderme, si el milagro debía producirse, la llegada casi imposible de esperar (a través de tantos obstáculos, de distancia, de riesgos contrarios, de peligros) del insecto enviado desde tan lejos como embajador a la virgen que desde hacía mucho prolongaba su espera. Sabía que esa espera no era más pasiva que en la flor macho, cuyos estambres se habían vuelto espontáneamente para que el insecto pudiera recibirla con más facilidad; de la misma manera la flor mujer que estaba allí, si venía el insecto, arquearía con coquetería sus «estilos»⁶ y para ser mejor penetrada por él haría impercep-

⁶ Además, en botánica: «Columna pequeña, hueca o esponjosa, existente en la mayoría de las flores, que arranca del ovario y sostiene el estigma». *DRAE*.

tiblemente, como una jovencita hipócrita pero ardiente, la mitad del camino. Las leyes del mundo vegetal están regidas a su vez por leyes cada vez más altas. Si la visita de un insecto, es decir, la aportación de la semilla de otra flor, es habitualmente necesaria para fecundar una flor, ello se debe a que la autofecundación, la fecundación de la flor por ella misma, como los matrimonios repetidos en una misma familia, traería consigo la degeneración y la esterilidad, mientras que el cruce operado por los insectos da a las generaciones siguientes de la misma especie un vigor desconocido por las anteriores. Sin embargo ese impulso puede ser excesivo, desarrollarse desmesuradamente la especie; entonces, así como una antitoxina defiende de la enfermedad, así como el cuerpo tiroideo regula nuestra gordura, así como la derrota viene a castigar el orgullo, la fatiga el placer, y así como el sueño nos descansa a su vez de la fatiga, así un acto excepcional de autofecundación llega en el momento indicado a dar su vuelta de tuerca, su golpe de freno, hace que vuelva a la norma la flor que se había salido de forma exagerada. Mis reflexiones habían seguido una pendiente que describiré más adelante, y ya había sacado de la aparente astucia de las flores una consecuencia sobre toda una parte inconsciente de la obra literaria, cuando vi a M. de Charlus que salía de casa de la marquesa. Solo habían pasado unos minutos desde su entrada. Quizá se había enterado por su vieja pariente en persona, o solo por un criado, de la gran mejoría o más bien de la curación completa de lo que en Mme. de Villeparisis no había sido otra cosa que un malestar. En ese momento en que creía que nadie lo miraba, con los párpados entornados contra el sol, M. de Charlus había relajado en su rostro aquella tensión, amortiguado aquella vitalidad ficticia, que mantenían en él la animación de la charla y la fuerza de la voluntad. Pálido como un mármol, tenía la nariz robusta, sus finos rasgos no recibían ya de una mirada voluntariosa una significación distinta que alterase la belleza de su modelado; ahora, nada más que un Guermites, parecía ya esculpido, él, Palamède XV, en la capilla de Combray. Pero esos rasgos comunes de toda una familia cobraban sin embargo en el rostro de M. de Charlus una finura más espiritualizada, más dulce sobre todo. Yo lamentaba por él que adulterase habitualmente con tantas violencias, rarezas desagra-

dables, habladurías, dureza, susceptibilidad y arrogancia, que ocultase bajo una brutalidad postiza la amenidad, la bondad que en el momento en que salía de casa de Mme. de Villeparisis veía yo desplegarse de forma tan ingenua en su rostro. Guiñando los ojos contra el sol, casi parecía sonreír, encontré en su cara vista así en reposo y como al natural un no sé qué tan afectuoso, tan desarmado, que no pude por menos de pensar cuánto se habría enfadado M. de Charlus de haber podido saberse mirado; porque en lo que me hacía pensar aquel hombre que estaba tan seducido y que tanto alardeaba de virilidad, a quien todo el mundo parecía odiosamente afeminado, en lo que me hacía pensar de pronto, hasta tal punto tenía fugazmente sus rasgos, su expresión, su sonrisa, ¡era en una mujer!

Iba a apartarme de nuevo para que no pudiera verme; no tuve tiempo para ello ni necesidad. ¡Lo que vi! Cara a cara, en aquel patio donde seguramente nunca se habían encontrado (porque M. de Charlus solo iba al palacete Guermantes por la tarde, a las horas en que Jupien estaba en su oficina), el barón, que de pronto había abierto de par en par sus ojos entornados, miraba con una atención extraordinaria al antiguo chalequero en el umbral de su tienda, mientras este, clavado súbitamente en el sitio delante de M. de Charlus, arraigado como una planta, contemplaba con expresión maravillada la gordura del avejentado barón. Pero cosa más sorprendente todavía, cuando cambió la actitud de M. de Charlus, la de Jupien se puso inmediatamente, como obedeciendo a las leyes de un arte secreto, en armonía con ella. El barón, que ahora trataba de disimular la impresión que había sentido, pero que, a despecho de su indiferencia afectada, parecía no alejarse sino de mala gana, iba, venía, miraba al vacío de la forma que creía más favorable para realzar la belleza de sus pupilas, adoptaba un aire fatuo, despreocupado, ridículo. Y Jupien, abandonando en el acto el aire humilde y bondadoso que yo siempre le había conocido, había erguido – en perfecta simetría con el barón – la cabeza, daba a su talle un porte favorecedor, apoyaba con impertinencia grotesca su puño en la cadera, sacaba el trasero, adoptaba poses con la coquetería que habría podido tener la orquídea para el abejorro providencialmente aparecido. No sabía yo que pudiera tener un aire tan antipá-

tico. Pero también ignoraba que fuese capaz de interpretar de improviso su papel en aquella especie de escena de dos mudos, que (aunque fuera la primera vez que se encontraba en presencia de M. de Charlus) parecía haber sido largamente ensayada; – esa perfección no se consigue espontáneamente salvo cuando en el extranjero encuentra uno a un compatriota, con quien el entendimiento se produce entonces por sí solo, dado que la interpretación es idéntica, y aunque no nos hayamos visto nunca.

Por lo demás, aquella escena no era positivamente cómica, teñida como estaba de una extrañeza o si se quiere de una naturalidad cuya belleza iba en aumento. Por más que M. de Charlus hubiera adoptado un aire despreocupado y bajado distraídamente los párpados, los alzaba por momentos lanzando entonces sobre Jupien una mirada atenta. Pero (sin duda porque pensaba que semejante escena no podía prolongarse de forma indefinida en aquel lugar, o por razones que se comprenderán más tarde, o en última instancia por ese sentimiento de la brevedad de todas las cosas que nos hace desear que cada tiro dé en el blanco, y que vuelve tan emocionante el espectáculo de cualquier amor), cada vez que M. de Charlus miraba a Jupien, se las arreglaba para que su mirada fuese acompañada de una palabra, lo que la volvía infinitamente distinta de las miradas dirigidas habitualmente a una persona a la que se conoce o a la que no se conoce; miraba a Jupien con la fijeza peculiar de quien está a punto de decirlo: «Perdóneme la indiscreción, pero lleva usted un largo hilo blanco colgando de la espalda», o bien: «No creo equivocarme, usted también debe de ser de Zúrich, me parece haberlo visto con frecuencia en la tienda de antigüedades». Una pregunta así parecía formular intensamente a Jupien, cada dos minutos, la ojeada de M. de Charlus, como esas frases interrogativas de Beethoven, indefinidamente repetidas, a intervalos iguales, y destinadas –con un exagerado lujo de preparaciones– a introducir un nuevo motivo, un cambio de tono, una «repetición». Pero precisamente la belleza de las miradas de M. de Charlus y de Jupien provenía, en cambio, al menos provisionalmente, de que aquellas miradas no parecían tener por finalidad conducir a algo. Aquella belleza, era la primera vez que yo veía al barón y a Jupien manifestarla. En los ojos de uno y otro, lo

que acababa de surgir era el cielo no de Zúrich, sino de alguna ciudad oriental cuyo nombre yo aún no había adivinado. Con independencia del asunto que pudiera retener a M. de Charlus y al chalequero, su acuerdo parecía concluido y no ser aquellas inútiles miradas otra cosa que preludios rituales, parecidos a las fiestas que se dan antes de un matrimonio decidido. Más cerca todavía de la naturaleza –y la multiplicidad de estas comparaciones es más natural todavía porque un mismo hombre, si lo examinamos durante algunos minutos, parece sucesivamente un hombre, un hombre-pájaro o un hombre-insecto, etc.–, se hubiera dicho dos pájaros, macho y hembra, el macho tratando de avanzar, la hembra –Jupien– sin responder con señal alguna a esa maniobra, pero mirando a su nuevo amigo sin asombro, con una fijeza desatenta, juzgada sin duda más excitante y la única útil, desde el momento en que el macho había dado los primeros pasos, y contentándose con alisarse las plumas. Finalmente la indiferencia de Jupien no pareció bastarle; de aquella certeza de haber conquistado, a hacerse perseguir y desear, no había más que un paso, y Jupien, decidiéndose a ir a su trabajo, salió por la puerta cochera. Sin embargo no fue sino después de haber vuelto dos o tres veces la cabeza, cuando escapó a la calle a la que el barón, temblando ante la idea de perder su pista (silboteando con aire fanfarrón, no sin gritar un «hasta luego» al portero que, medio borracho y ocupado en atender a unos invitados en su trascocina, ni siquiera lo oyó), se precipitó para alcanzarlo. En el mismo instante en que M. de Charlus había cruzado la puerta silbando como un gran abejorro, otro, este de verdad, hacía su entrada en el patio. ¡Quién sabe si no era el esperado desde hacía tanto tiempo por la orquídea, el portador de aquel polen tan raro sin el cual permanecería virgen! Pero me distraje de seguir los retozos del insecto porque, al cabo de unos minutos, solicitando más mi atención, Jupien (acaso para recoger un paquete que más tarde se llevó y que, en medio de la emoción que le había causado la aparición de M. de Charlus, había olvidado, acaso simplemente por una razón más natural), volvió, seguido por el barón. Este, decidido a precipitar las cosas, pidió fuego al chalequero, pero inmediatamente observó: «Le pido a usted fuego, pero veo que he olvidado mis puros».